

LA CONSTANCIA

DIARIO ÍNTEGRO FUERISTA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Príncipe, 3, bajo.—Teléfono, 266.

AÑO XIII

San Sebastián Lunes 4 de Abril de 1910

Núm. 4.204

SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS
Véase la tarifa en tercera plana.

Mr. Le Blon

Como sabrán seguramente nuestros lectores, porque la noticia circuló rápidamente y hoy nadie le ignora en Guipúzcoa, el aviador Mr. Le Blon, de quien no hace muchos días nos ocupamos haciendo el elogio que por sus bellas condiciones merecía, ha sido víctima de su arrojo en una de las valerosas experiencias realizadas.

El sábado por la tarde, Mr. Le Blon, generoso hasta el fin, quiso hacer, fuera de programa, un vuelo en obsequio á los donostiarros que con tantas simpatías lo habían recibido y obsequiado. Pero antes de hacer ese vuelo, quiso ensayar, y en ese ensayo halló la muerte.

A las tres y cuarto de la tarde próximamente sacó del hangar su aeroplano y se lanzó por los aires, haciendo magníficos vuelos, tan magníficos como en los días anteriores no los había hecho.

Cuando las contadas personas que se habían apercibido de los propósitos del aviador, vieron á éste elevarse por los aires la admiración y el entusiasmo que Mr. Le Blon había despertado los días anteriores, subieron de punto.

De repente se vió descender al aparato y lo que es peor dar la vuelta completa. Mr. Le Blon cayó debajo, cerca del Pico del Oro. La ansiedad del público fué inmensa; se acercaron las barcas que se hallaban por las cercanías y para cuando se quiso auxiliar al aviador, éste se hallaba en estado desesperado. Sacado al muelle y auxiliado por los médicos, los auxilios resultaron inútiles. Mr. Le Blon falleció. El Señor habrá acogido el alma del noble aviador en su santo seno.

La noticia circuló rápidamente por la ciudad y durante el resto del día y ayer fué el motivo de todas las conversaciones y comentarios.

En todas partes se hacían mil suposiciones sobre la causa del accidente sin que nadie en realidad supiera á qué atenerse.

Fallo del motor, percance personal del aviador, volada de aire... ¿quién sabe cuál fué la causa de la desgracia?

El generoso Mr. Le Blon se había conquistado todas las simpatías de la ciudad.

Sus rasgos de generosidad, de que ya el otro día nos ocupamos, su humildad, su valor, sus condiciones de experto mecánico y sobre todo su piedad y acendrado catolicismo, le habían creado una aureola que ha hecho mucho más lamentable el accidente que le ha privado de la vida.

Por todas partes se oían las palabras: ¡pobre Le Blon! y sin embargo, el mundo que se deja arrastrar por impresiones, no comprendía que Mr. Le Blon no era tan digno de compasión y de piedad como los seres que deja en el mundo.

Mr. Le Blon era un piadoso católico; se le ha visto estos días orar en la Residencia y comulgar con mucha frecuencia. El mismo día ó el día antes había recibido al Señor. Piadosamente pensando el Señor lo ha recibido en su reino celestial. El aspecto del simpático aviador, después de muerto, era el de un bienaventurado.

Aunque el alma se acojoja al considerar la forma en que monsieur Le Blon ha perecido, meditando cristianamente, Mr. Le Blon no es digno de lástima. Pasaron ya las angustias que pudieron acompañar á su muerte y si ésta no lo cogió desprevenido, como parecen indicarlo una porción de datos, el simpático aviador ha pasado de una vida trabajosa, penosa, de pura inquietud frecuente, á una vida sossegada, apacible, tranquila, gloriosa...

¡Pobres de los que se quedan...! Su desconsolada viuda y su pobre

Mr. Hubert Le Blon

FALLECIÓ A LAS TRES Y MEDIA DEL DIA 2 de ABRIL DE 1910

R. I. P.

La Comisión General de Fiestas de 1910 suplica al pueblo de San Sebastián se sirva encomendarle á Dios y asistir á la conducción del cadáver que tendrá lugar el día de hoy á las diez y cuarto de la mañana desde el Hotel de Londres á la Estación del Norte, por cuyo favor quedaría altamente agradecida.

San Sebastián 4 de Abril de 1910.

LA COMISION.

hijo (una preciosa criatura de seis años) merecen más nuestra consideración y nuestra piedad. Ella ha perdido un esposo modelo y el niño un padre amante y bueno. A ellos, pues, deben ir dirigidos nuestros sentimientos de respeto y de pesadumbre.

Mme. Le Blon es tan piadosa y buena como su esposo. Su confianza y su fé en Dios la sostendrán en este durísimo trance con que el Señor la prueba. Lejos de su familia y de su país, viendo morir á su esposo buenísimo en condiciones hartamente tristes y á pocos metros de donde ella se hallaba y sin poder auxiliarle, su desconsuelo necesariamente ha de ser mayor. Pero su piedad le dará las fuerzas necesarias para hacerse superior á la situación. Ha encontrado en San Sebastián nobilísimas señoras que le han acompañado en su desolación y desconsuelo, pero aunque así no hubiera sido, para un buen católico ¡solo Dios basta!

Todos los católicos donostiarros pediremos al Señor que le ayude en momentos tan terribles y el Señor oirá nuestras súplicas.

Mr. Le Blon era muy piadoso, como su anciano padre y como su compañero Delagrange, víctima también de un accidente análogo.

Su fé la demostraba públicamente. Antes de comenzar sus ascensiones se santiguaba; y llevaba colgada al cuello una medalla de San Antonio.

Su piadosa esposa le colocó un rosario y con él será enterrado.

Para los que creemos ¿qué otro consuelo, en momentos como el presente? ¿De qué servirán las coronas y los obsequios mundanos?

Dios habrá premiado la intrépida fé del valeroso Le Blon y este velará desde el cielo y protegerá desde allí á su piadosa compañera y al precioso niño que era la delicia del venturoso hogar.

Rogüemos al Señor por el muerto, pidamos principalmente por los vivos: por esa ejemplar señora y por ese simpático huérfano, más simpático porque la desgracia le ha herido siendo tan niño.

¡Descanse en paz el alma de monsieur Le Blon!

Rueguen nuestros lectores por su alma.

El Círculo Carlista ha encargado una Misa que hoy á las nueve se dirá en la Iglesia del Sagrado Corazón, en sufragio del alma de Mr. Le Blon.

Ayer se ofrecieron muchas obras buenas por el alma del valeroso aviador. La familia de un queridísimo amigo nuestro ofreció ayer una misa que se celebró en la iglesia de los PP. Jesuitas comulgando en sufragio del alma de Le Blon.

Seguramente se celebrarán funerales solemnes, costeados por suscripción popular, en homenaje, el

más cristiano, que el pueblo de San Sebastián ha de hacer á quien tan generosamente se ha portado.

Para ello se ha abierto en los periódicos locales una suscripción, cuya cuota máxima es de cinco pesetas:

	Pesetas.
LA CONSTANCIA.	5
R. B.	5
A. G.	1
Total.	11

Sigue abierta la suscripción.

DETALLES DEL ACCIDENTE

Las pruebas de aviación que se venían celebrando en San Sebastián con aplauso de todo el mundo, han tenido un fatal desenlace: el arrojado y simpático aviador monsieur Le Blon ha muerto víctima de una aparatosa caída con su monoplano.

El desgraciado suceso tuvo lugar el sábado á las tres y 25 minutos de la tarde. Siempre amable y condescendiente con el público M. Le Blon, quedó en San Sebastián á instancias de algunos amigos para volar el sábado á pesar de haber terminado su convenio con la comisión organizadora de fiestas el día anterior.

El intrépido aviador, que se hallaba entusiasmado con el pueblo de esta capital por las pruebas de agradecimiento y simpatía que recibía en todos los momentos, quiso corresponder con creces desarrollando un atrevido y peligroso vuelo como es el de remontarse á la cumbre del monte de Igeldo; así se expresó Mr. Le Blon en una visita que hizo al señor Orcolaga el viernes, despidiéndose hasta el día siguiente para volver á visitarlo en su monoplano volando.

Antes de emprender este arriesgado vuelo, para el que se señaló las cinco de la tarde del sábado, intentó hacer algunos ensayos y á la hora que dejamos dicho elizó su vuelo majestuoso y dió una vuelta pasando por encima de la isla de Santa Clara y cuando iba en dirección al «hangar», cerca del embarcadero del Pico del Loro (estribaciones de Miramar), hizo un extraño el aparato y cayó de unos 50 metros en sentido perpendicular al agua y con él envuelto Mr. Le Blon desapareció, quedando sumergido en el fondo del mar.

Así transcurrieron unos ocho minutos durante los cuales se sintió un ruido que debió ser la explosión del motor.

Las acojeadas personas que no pasarían de 500, que presenciaron la tremenda caída, al ver que pasaban minutos y más minutos y que ningún socorro llegaba para aquel desgraciado, corrían de una

parte á otra presas de la natural emoción y de indignación al mismo tiempo; no había lanchas de auxilio en la Concha, porque la prueba se hizo sin anunciar y sin dar ningún aviso, pero esto no lo sabía el público que pedía la salvación de Le Blon á todo trance: dos pescadores fueron los que primeramente llegaron con una lancha al lugar del suceso y á duras penas después de mucho trabajo pudieron extraer el aviador que se hallaba debajo del aparato.

En la lancha lo condujeron al muelle donde esperaban los médicos señores Celaya y Tamés quienes inmediatamente prestaron á Mr. Le Blon los auxilios de la ciencia, pero todo fué inútil aquel cuerpo estaba inerte, ya no respiraba, había muerto.

Intervención del juzgado

El juzgado de instrucción se personó en el muelle y procedió al levantamiento del cadáver acompañándolo hasta el cuarto de socorro.

El traslado se hizo en una camilla por cuatro bomberos siendo seguido de un numerosísimo público que interceptó por completo la calle de San Marcial frente al cuarto de socorro, pues hubo de intervenir la policía para abrir paso.

En aquel centro benéfico fué amortajado el cadáver y entre tanto el juzgado continuaba sus diligencias tomando declaración á las personas que habían asistido á salvarlo.

La afligida viuda intentó ver á su esposo en el muelle, pero se le dijo que no le pasaba nada grave y más tarde se le permitió ver en la casa de socorro el cadáver.

Con gran serenidad de ánimo, al ver aquel horroroso cuadro, dijo: no me sorprende nada, lo he visto caer y para mí todo se ha terminado; la escena que después se produjo no es para describir, quedando impresionadas cuantas personas la presenciaron.

Los médicos reconocieron al cadáver y le apreciaron una contusión en la frente que le pudo producir una conmoción cerebral pero declararon que la muerte se produjo por asfixia.

Á las cinco y media fué trasladado el cadáver al hotel de Londres y en un departamento de la planta baja se instaló la capilla ardiente, estando acompañado el cadáver por individuos de la comisión organizadora de las fiestas.

El duelo

Mr. Le Blon, se había captado en poco tiempo las simpatías de toda la población, porque siempre había cumplido sus compromisos, él voló siempre con buen tiempo y con aparato desconocido y que no le inspiraba ninguna confianza, no habiendo defraudado en ninguna ocasión las esperanzas del público á pesar de todos los contratiempos que tuvo.

Por ello el pueblo donostiarro le

está agradecido y se asocia al duelo profundamente conmovido.

En el Círculo Mercantil y en el Hotel de Londres se colocaron mesas y allí el vecindario ha estampado sus firmas, con cuyos pliegos se hará un álbum el que será entregado á la afligida viuda en señal de homenaje.

Extracción del cadáver

Anoche nos visitó el pescador que primero llegó al aparato y sacó del agua á Mr. L. Blon.

Dijo que se hallaban de guardia en el «Mamelena número 8», Luis Lopez, que es el que habla, su hijo Jesús y un cuñado, hombre ya de avanzada edad.

Al ver caer el aparato al agua y como por aquellas inmediaciones no se hallaba ninguna embarcación embarcaron los tres en el bote y á todo remo se dirigieron donde estaba el aparato, pero aturdidos por las voces que oían por todas partes, y que una de las veces creyeron que el aviador estaba salvado.

Al llegar á donde estaba el monoplano ataron el timón de la embarcación al aparato y agarraron á éste, le dieron media vuelta y en seguida vieron que subía á flote un bulto y luego el pelo de la cabeza de Mr. Le Blon que es de donde el Luis le agarró para extraerle del agua.

El pescador dice que Mr. Le Blon echaba por la boca sangre y agua, pero que no hacía ningún movimiento por lo que él cree que antes de sacarlo del agua había muerto.

En el mismo bote fué conducido el cadáver al Muelle.

El monoplano

El sábado al entrar la noche se intentó salvar el monoplano; los técnicos creyeron que sufriría menos conduciéndolo al muelle, pues así se evitaba el vaivén que produce la rompiente de las olas, á cuya causa se achacaba las averías que tuvo el aparato que cayó el día pasado á la Concha con Mr. Le Blon.

Sujeto con la amarra lo remolcaba hacia el muelle un vaporetito y al llegar próximamente á la mitad de la bahía se rompió aquélla y el monoplano se fué á fondo.

Como ya la noche se había echado encima y los trabajos no daban el resultado apetecido, se acordó abandonar el aparato para continuar ayer su extracción del agua.

Efectivamente, acompañados de buzos y del material necesario, fueron en busca del monoplano varios individuos de la comisión y después de no pocos esfuerzos dieron con él y lo sacaron al muelle desde donde lo trasladaron en un carro al «hangar» para la una de la tarde.

El monoplano presenta averías de gran consideración.

Comisión General de Fiestas de 1910

La muerte de Mr. Le Blon, el inteligente y arrojado aviador, cuya afabilidad había conquistado las simpatías todas de este pueblo, y el haber acaecido en momentos en que realizaba experiencias sin otro objeto que el de corresponder á las demostraciones de afecto que San Sebastián le había prodigado, son motivos más que suficientes para impulsar á esta Comisión hondamente afectada por la desgracia, á tributar al que en vida se captó aplausos y parabienes, un último homenaje tan grande y respetuoso como el que sus bondades merecían.

Y conociendo esta Comisión lo mucho que el terrible accidente ha afectado al pueblo de San Sebastián, siempre hidalgo y hospitalario, se permite, segura de verse correspondida, instarle á sumarse á la manifestación de duelo, acompañando al cadáver del desventurado huésped desde el Hotel de Londres á la estación del Norte.

La conducción del cadáver tendrá lugar á las diez y cuarto de la mañana de hoy.

La Comisión ruega al comerciante que cierre sus puertas durante el acto de la conducción.

La Comisi.